

NOSTALGIAS

CARMEN DEL MAR

Hacía una mañana de marzo tan soleada, que después de tomar su desayuno, Carmen se sentó en el mirador para leer el periódico. Le gustaba estar informada de la actualidad, aunque a menudo algunas noticias le producían inquietud, así que se tomaba una pausa para tranquilizarse viendo pasar a la gente por la calle. Padres y madres acompañando a sus bulliciosos hijos al colegio, adolescentes con aire cansado y la mochila al hombro camino del instituto, hombres y mujeres apresurándose al trabajo o a la compra, jóvenes mamás empujando los carritos de sus bebés para tomarse un gratificante café y ancianos en busca de un lugar confortable donde leer el diario. Carmen sonrió divertida, porque en aquel momento pasaba un chico llevando de sus correas a 7 perros de buen tamaño que le rodeaban nerviosos, dando la impresión de un cómico carrusel canino. Seguro que venían de corretear libremente por la orilla del río y disfrutar con sus chopos, sauces y álamos, cuyas copas reflejando el sol, se podían contemplar perfectamente desde el ventanal.

Carmen dejó vagar sus pensamientos, que como era ya habitual, se dirigieron al pasado. Si algo había aprendido en el transcurrir de su larga vida, es que todos somos rehenes de nuestros recuerdos. A ella le encantaba el paseo del Arlanzón porque le relajaba el refrescante sonido del agua y al mismo tiempo, le resultaba vivificante observar las frondosas riberas donde se escondían ocas, gallinetas, garzas e incluso nutrias. Le resultaban muy graciosos los patos con sus ruidosos graznidos, que se perseguían y nadaban contracorriente, para luego dejarse llevar río abajo. Pero...no podía evitar sentir nostalgia del mar, del que hacía años solo podía disfrutar en vacaciones. Unos escasos días en los que intentaba saturar sus sentidos con su olor, su sabor, los matices cambiantes de su color y el sonido de su oleaje. ¡Su querido mar Cantábrico! Unas veces camuflando su peligrosa naturaleza bajo una engañosa bonanza y otras mostrando su faceta canalla de piélago embravecido, como decían los marinos. Casi durante toda su existencia, el mar había sido el centro de la mayoría de sus actividades y el escenario de sus recuerdos más queridos. Entre sus aguas había encontrado al hombre de su vida, al chocarse con él mientras ambos nadaban siguiendo trayectorias opuestas. Primero se asustaron, luego estallaron en alegres carcajadas para finalizar charlando animadamente en la arena. Y con el paso de los meses, ese mismo mar fue testigo de sus mutuas promesas de continuar

siempre juntos en la misma dirección. Así había sido hasta hacía cinco años, cuando una mortal enfermedad arrancó a su marido de su lado.

- ¡Por Dios Daniel... cuánto te añoro! – exclamó Carmen, expresando con palabras la tristeza que todavía sentía al recordarle.

A pesar de haber celebrado sus bodas de oro, continuaban amándose como chiquillos, porque su amor no era solo atracción entre sus cuerpos, sino también entre sus almas. Compartían ilusiones, pesares, esperanzas... se cuidaban, se ayudaban y se comprendían y seguían paseando agarrados de la mano, mirándose a los ojos con ternura. Durante años al despertarse, sus labios se habían buscado todavía somnolientos, para desearse un buen día y se dormían recostados el uno en el otro, para percibir el relajante palpitar de sus corazones. Siempre juntos, habían criado y educado a su hija, consentido a sus tres nietos y estaban esperando con ilusión a su primer biznieto, cuando un cáncer fulminante acabó con su vida en poco tiempo. Al final, él tuvo que pedirle que le dejara marchar, porque ya no podía seguir luchando contra el mal que le invadía las entrañas y después la consoló con voz quebrada pero serena:

-Carmen... no sufras cariño... te estaré esperando... y cuando vengas... querida mía... nuestro amor será eterno – Daniel cerró los ojos agotado.

Mientras ella le abrazaba llorando desolada, una enfermera esperaba paciente para ponerle un sedante, que le evitara sufrimientos innecesarios y pudiera afrontar la muerte dignamente. De repente, él abrió los ojos, le dirigió a su mujer esa pícaro mirada que ella tan bien conocía y dijo con sus últimas fuerzas:

-No me importa... que vayas a Benidorm... a disfrutar de la vida... mientras puedas – y sonriendo, perdió el conocimiento. Aunque duró un día más ya no volvió a despertar, pero le dejó a su mujer una buena imagen para recordar. Daniel siempre decía que en los peores momentos, no había que perder ni la esperanza, ni la sonrisa.

Las campanas de la cercana iglesia interrumpieron los pensamientos de Carmen, que mirando el reloj se dio cuenta de que pronto llegaría su hija Irene, para acompañarla en su paseo matutino. Su hija y su yerno se habían portado muy bien con ella y al quedarse viuda no consintieron que permaneciera sola ni

un día y se la llevaron a vivir con ellos. Desde entonces, ambos la colmaban de atenciones y de cariño, que es lo que alarga la vida de los ancianos. Tenía una señora de compañía para atenderla en cualquier necesidad, mientras ellos estaban en su farmacia. Pensar en Irene, le hizo volver a sus felices años de juventud cuando ella nació. Después de darle de mamar, la acunaba en brazos y se quedaba embelesada viéndola dormir. Cómo echaba en falta aquellos tiempos en los que su hija la necesitaba, no solo porque le proporcionaba amor y cuidados sino porque además alimentaba su espíritu con sus enseñanzas y los cuentos que tanto le gustaba escuchar. También evocaba con nostalgia los días que sus nietos pasaban con ellos y se los llevaba de la mano a pasear frente al mar, mientras les contaba historias reales o imaginarias que los mantenía pendientes de sus palabras. Algo que nunca podría hacer con sus biznietos de 4 y 2 años, porque bastante esfuerzo le suponía caminar agarrada a su andador con ambas manos y sus caderas no estaban como para realizar acrobacias.

Se levantó con trabajo y se dirigió a su habitación lentamente, pero al cruzar el vestíbulo que estaba en penumbra, sintió una punzada de desesperanza porque le sobrevino un pensamiento que pugnaba por evitar. ¡Dentro de poco echaría de menos sus propias añoranzas! Le habían diagnosticado principio de Alzheimer, terrible enfermedad que asola el cerebro dejándolo yermo de recuerdos.

Entrar en su habitación le causó una placentera sensación, al encontrarlo tan luminoso con los rayos del sol entrando a raudales por el ventanal. Se contempló en el amplio espejo del tocador y sonrió a su reflejo que la miraba con unos ojos verdes todavía vivaces, llenos de vida y de esperanza.

-Carmen note preocupes – se animó a si misma - ¡Estás estupenda! Hoy te toca disfrutar y mañana ¡mañana será otro día! – Y con una radiante sonrisa cogió su abrigo para ir de paseo.